



El puerto de Lekeitio, aún soleado, pero ya amenazado por tormenta.

## Cantábrico y Picos de Europa



En Morón de Almazán, cuando la lluvia nos dio una tregua.



La majestuosa Catedral de León, con sus torres asimétricas.

# The Long Way Left

Como antesala a lo que será el viaje de este verano a Cabo Norte y Europa del Este en solitario, he recorrido 2.500 kilómetros en seis días por la costa cantábrica y los Picos de Europa. De la misma manera que Ewan McGregor llamó a sus viajes en moto The Long Way Round y The Long Way Down, decidí llamar esta ruta The Long Way Left (La Larga Ruta a la Izquierda).

Sergio Morchón  
www.thelongwaynorth.com



Buscando hueco para aparcar en Llanes.

Salí desde Barcelona después de pelearme para meter todos los trastos en las maletas de la BMW F 800 GS. Y es que quizá llevaba demasiadas cosas. Pero para esto ha de servir este viaje, para hacer pruebas y no fallar en detalles tontos en el de este verano, que obviamente llamaré The Long Way North (La Larga Ruta al Norte).

El trayecto del día me llevó hasta Pamplona y se me hizo más corto de lo que imaginaba. Conforme iban pasando los kilómetros, recordaba cosas que añoraba. Añoraba los mosquitos en la visera –no en vano dicen que la felicidad del motorista es directamente proporcional a los mosquitos de su casco–, añoraba los perales y melocotoneros en flor, añoraba las cigüeñas sobrevolándome en formación... ¡Felicidad en estado puro! Porque muchas veces la felicidad no está en la consecución de tus objetivos, sino en el camino hacia ellos. El destino muchas veces es el propio camino.

Comenzó a hacerse de noche una vez pasada Zaragoza, al enfilar rumbo norte. Allí, el viento era incluso más fuerte, lo que añadía una incomodidad más a esta parte del viaje, junto con el entumecimiento de brazos y posaderas. Los faros suplementarios que he instalado comenzaron a dar sus frutos

cuando la oscuridad se hizo patente, aunque creo que también han sido de utilidad para ser más visible a los otros vehículos durante el día.

Una vez en Pamplona, lo que más me apetecía, además de quitarme la ropa de moto, era pasear por la plaza del Castillo y la famosa calle de la Estafeta... Un vino y unos pinchos fueron el broche de oro a la primera jornada motera, superada con menos cansancio del esperado.

El siguiente día fue tremendo. Desde Pamplona a Santander, pasando por San Sebastián y Bilbao, sin pisar ni autopistas ni autovías ni carreteras. A las miles y miles de curvas hubo que añadir la lluvia y el viento. Salí de Pamplona medio lloviendo, con el asfalto totalmente mojado por la constante lluvia nocturna. Ya a los pocos kilómetros me di cuenta de una de las particularidades de viajar en moto: los olores están muy presentes, ya sea de leña recién cortada, de tierra mojada o del propio Cantábrico cuando me iba acercando a su costa.

Los verdes comienzan a invadirlo todo, dejando a los ocres y marrones ya moribundos. Para disfrutar de esta ruta en moto es indispensable seguir las indicaciones que desvían a los camiones de materias peligrosas, para esquivar así los túneles que

le quitan todo el encanto.

Cerca de San Sebastián me crucé con el único motero que vi ese día. El tradicional saludo hizo que la emoción me embargara; esos extraños momentos de complicidad entre dos personas desconocidas, inmersas ambas en una de las cosas con la que más disfrutan: ir en moto.

Desde San Sebastián a Zarautz, Deba, Ondarroa y Lekeitio, con unos paisajes espectaculares que alternan los bosques y la costa embravecida, seguí preocupado por el asfalto mojado, agravado por una gran cantidad de pinaza que se acumulaba en alguna que otra curva.

La N-634 me condujo de Bilbao a Santander. Muy recomendable, con muy buen asfalto y, salvando algún tramo lleno de rotondas y de travesías de pueblos, con unas curvas rápidas muy apetecibles, sobre todo después del historial de virajes de montaña que había acumulado en esta jornada. Llegué a Santander casi de noche, y al entrar al hotel podía oír las trompetas y tambores que señalaban alguna procesión cercana. Mi particular vía crucis me había llevado a recorrer 450 km en algo menos de ocho horas y media.

### El síndrome de Stendhal

Los 30 km del Desfiladero de La Hermida eran uno de los platos fuertes del viaje. Preciosa carretera, con el río Deva acompañándola en el reducido espacio que queda entre las imponentes montañas. Poco tráfico, pero el que había fue adelantado fácilmente, ya que hay bastantes lugares para hacerlo. Una parada en la ermita de Santa María de Lebeña, que estaba ya cerrada (comenzaba a ser hora de encontrar mesón para reponer fuerzas), y continué hasta Potes. Un calórico cocido lebaniego y un enorme entrecot al queso de Tresviso fue la guinda a un día de moto casi perfecto. Al salir del restaurante, el día soleado había dejado paso a una lluvia intensa y a la sensación de frío.

Llegando a León había dejado de llover y el sol se atrevía tímidamente a bañar con su luz las torres asimétricas de la Catedral. La visita a la misma fue el verdadero motivo para acercarme hasta León. Las magníficas vidrieras fueron las culpables de mi regreso tras más de quince años.

Se conoce como síndrome de Stendhal la presencia de signos físicos como taquicardia, falta de aire o vértigo ante la presencia de alguna gran obra de arte. El primero que lo describió fue precisamente Stendhal, que lo detallaba al salir de la basílica de la Santa Croce en Florencia. Al entrar en la Catedral de León y ver las magníficas vidrieras, un nudo en la garganta me impedía respirar, se me aceleró el pulso e incluso alguna lagrimita intentó asomar. Me dije, completamente convencido, que había valido la pena haber llegado hasta aquí solamente por experimentar esa sensación.

Otra vez en la carretera, deshice el camino del día anterior, acercándome nuevamente a los Picos de Europa. El sol inundaba todos



*Caballos pastando relajados en la carretera de Ponga.*



*El Museo Guggenheim era otra parada inexcusable.*



*En Fuente De, al pie del funicular de los Picos de Europa.*

los verdes paisajes de León, ya bañados por la primavera. He disfrutado mucho de estas carreteras sencillas, sin grandes pretensiones, con algunas rectas interminables y unas cuantas curvas rápidas. A la salida de una de ellas, un par de cigüeñas emprendieron el vuelo a mi lado. Durante unos segundos volaron a mi vera a unos dos o tres metros de distancia. Yo las miraba, y una de ellas me devolvió la mirada, sin parar de volar en formación con mi BMW. Y es que ir en moto es lo más parecido a volar que se puede hacer desde el suelo. Mi síndrome de Stendhal se reprodujo nuevamente.

Pocas curvas después me crucé con tres BMW, dos Adventure y una 1200 GT, y nos saludamos más que efusivamente con V's, ráfagas y todo lo disponible. Y es que encontrarte en la soledad de estos parajes, tan lejos de tu casa, con gente que viene quizá de más distancia que tú, te hace pensar en las motivaciones comunes que tenemos los motoristas. La segunda lagrimilla se ha resbalado por mi mejilla. ¡Hoy está siendo un gran día!

Siguiendo la carretera, que ya no tenía tan buen aspecto como al principio y presentaba algunos desprendimientos, llegué a Cangas de Onís y fui directamente al santuario de Nuestra Señora de Covadonga. Visita y fotos de rigor, y ya que los lagos de Enol son únicamente accesibles en autocar, continué hacia mi siguiente objetivo, que

no es otro que acercarme a ver el Naranjo de Bulnes (pico Urriellu lo llaman por aquí). Por la AS-114 llegué a Cabrales, donde hay diversos miradores a pie de carretera, desde los que se puede distinguir sin dificultad la majestuosa silueta del Naranjo.

Reculé unos kilómetros hasta tomar la carretera que me conduce a Llanes, nuevamente en la costa cantábrica. Esta población me sorprendió por la cantidad de gente que hay en las calles, por los atascos de tráfico en la única vía medianamente transitada y por sus sidrerías. Repuse fuerzas en una de ellas para afrontar el penúltimo día de travesía.

Decidí costear el cantábrico hacia el oeste y acercarme a Lastres, pequeño pueblecito pesquero, famoso por ser la ubicación de la serie "Doctor Mateo".

Allí tuve trabajo incluso para aparcar la moto. Coches y gente por todos lados le quitan el encanto que tiene el pueblo de manera natural. Salvando las distancias, es como un pequeño Positano de la costa amalfitana italiana, pero sin tanto colorido.

## Burgos y regreso

La última parte de la etapa del día me llevó a Burgos por el puerto del Escudo, en lugar de por la quizá más fácil autovía de Aguilar de Campoo. A pocos kilómetros de Burgos reprogramé el GPS para ir directamente a visitar la Catedral. Mientras que la de León

guarda la sorpresa de sus vidrieras en el interior, la Catedral de Burgos te deja ya con la boca abierta antes de entrar, al contemplar su fachada. Hice algo más de turismo por las calles aledañas, y después de los 330 km y las cinco horas y media de travesía, me fui hacia el hotel, ya que al día siguiente me esperaba la etapa más dura—sobre todo teniendo en cuenta lo que ya llevaba—, que me retornaría a Barcelona.

Burgos me despertó a la mañana siguiente con el repiqueteo de las gotas de lluvia en la ventana de mi habitación. No me importaba, era el día del regreso y no tenía previsto hacer turismo.

Los primeros tramos de la ruta, desde Villorobe hasta Salas de los Infantes, son de un asfalto pésimo. Parches, socavones, gravilla... Menos mal que—aunque con dos armarios roperos colgando— conduzco una trail. A pesar de llevar más precarga de lo normal en el amortiguador trasero, el desequilibrado reparto de pesos me daba la sensación de que la rueda delantera se encontraba casi flotando. Y es una sensación que no transmite ninguna confianza al negociar las curvas con este asfalto.

De Salas de los Infantes a San Leonardo de Yagüe, la carretera mejora: buen asfalto, curvas divinas, paisajes maravillosos. Seguía lloviendo, pero aun así, disfruté de lo lindo. A pesar de la meteorología, me crucé con unas cuantas motos, lo que prueba que realmente es una buena ruta motera. Pasé por El Burgo de Osma y posteriormente Almazán, siempre lloviendo. Las largas rectas permitieron que recuperase un poco de tiempo perdido en el pantano. Parada para comer en Morón de Almazán, empapado por fuera, pero gracias al Gore-Tex seguía seco por dentro. Al dejar la chaqueta en el restaurante, quedaron sendos charcos de agua bajo cada manga, que creo que no le hicieron mucha gracia a la camarera, a la que compensé generosamente con la propina tras la comida ligera.

Alrededor de las siete de la tarde llegué a la puerta de casa. The Long Way Left tocaba a su fin. La etapa maratón del viaje se me había hecho corta. Podría incluso seguir varios días más encima de la moto. El viaje a Nordkapp de este verano (The Long Way North) parece factible, pero ésa será otra historia, también digna de ser contada.